



Lucía Gevert: "El Puma"

Por HERNAN DEL SOLAR

Se inicia el libro con un alegre descubrimiento. Es de noche. Van entrando todos los ruidos. La autora siente cómo se ha ido el día y ya están las sombras invadiendo las cosas. De repente, algo extraño pasa. Una luz inesperada invade el cuarto, el mundo, el pensamiento de la mujer, que no se mueve, y está alerta a aquello que ocurre tan de súbito y es mensaje de una dicha muy íntima. Todo está igual, nada ha cambiado, al parecer, y sin embargo la vida abre un paisaje nuevo, se entra por él con orgullo que ninguno igual, se está delante de un sinnúmero de seres que se le entregan, no le ocultan sus secretos ni mucho menos su esperanza de que los reciba y haga suyos.

La escritora ha comprendido que no se trata de un sueño. Todos esos seres son personajes que se ponen a su servicio. De ella dependerá que vivan y tengan un destino. Sólo bastará quererlos, sentirlos, comprenderlos claramente, identificarse con ellos de manera que autor y personaje no sean sino uno solo.

Esta identificación ha sido tan intensa que de inmediato se recuerda el caso de Flaubert. "Mis personajes imaginarios adoptan mi forma— le escribe a Taine en una carta—, me persiguen o, por mejor decirlo, soy yo quien está en ellos. Cuando escribí el envenenamiento de Emma Bovary, tuve en la boca el sabor del arsénico con tanta intensidad, me sentí yo mismo tan auténticamente envenenado, que tuve dos indigestiones, una tras otra, dos verdaderas indigestiones, que llegaron a hacerme vomitar toda la cena". No se trata, ciertamente, de un estado de alucinación. Es una visión poética, una actividad creadora que le da un vuelo a la vida para beneficio del escritor, que empieza a conocerse en profundidad a cada nueva aparición de personaje que viene a pedirle que de su vida de autor le entregue la porción necesaria para vivir realmente su existencia imaginaria de este novelesco.

El descubrimiento de Lucía Gevert, a la entrada de su libro, ha sido esta posibilidad de identificación. De este modo se adquiere y fortifica la facultad no sólo de imaginar lugares, personas y cosas sino de involucrar el aliento vital que nos resulta indispensable, a nosotros los lectores, para que nos encontremos entre ellos y con ellos tan naturalmente como en la vida cotidiana. Dicha esta sensación multiplicada, confiesa con buena conciencia de autora que va a escribir un libro: "Una bienaventuranza me invade paulatinamente. Es perder comprender, de súbito, lo que otros planean, lo que sienten y por qué actúan en determinados momentos de determinadas maneras. Puedo ser Pedro o Cecilia; estar en una tormenta o persiguiendo a un peligroso asesino; puedo ser Pablo o don Onías; cazador de pumas o de avestruces, puedo percibir proble-

mas internos de algún muchacho desorientado o viajar acompañado a unas jóvenes por los desiertos nocturnos; puedo ir a la playa o a la cordillera, ser campesino o aviador; en fin, puedo pertenecer un poco a toda la humanidad".

Las palabras son justas. Ahora bien: esta fenomenal ubicuidad, esta omnisciencia muy lúcida no se conquistan de la noche a la mañana por un acto de fuerte voluntad. Una imaginación desorbitadamente optimista no consigue realizar tan apetecible milagro. Un escritor, para ser ubicuo y omnisciente de manera que nos convenza a todos, necesita un atento, ininterrumpido aprendizaje. Ha de vivir tratando de conocerse y de conocer a los otros. Seguramente es la más difícil de las ciencias. Una fuerte vocación literaria predispone a una generosa escucha de tales conocimientos. Lucía Gevert al descubrirse capaz de las más abundantes y diásporas identificaciones, se saludaba gozosamente el don literario, la fuerza para crear mundos posibles, el amor —que se lleva en la sangre— de contar cuentos.

En este libro se relatan sobriamente quince historias. En cada una de ellas hay una acción perfectamente definible: la de la frase vana, la del adorno que busca y elampagueante efecto, la de la retórica estentosa. Y hay, en cada una, sin excepción, una presencia celebrada: la observación precisa de personas de toda edad y condición —niños, especialmente—, la descripción breve, recia, de paisajes inconfundiblemente chilenos, y el desarrollo bien medido de los hechos. En ningún instante hace ágiles cabriolas la fantasía. Lucía Gevert le tiene dominada. Lo que se ha propuesto es relatar algunos cuentos que si ya no han sucedido en la vida real, en cualquier momento pueden suceder. El realismo es evidente. Todo converge a un mismo propósito: dar vida auténtica a hombres, mujeres y niños que habitan en nuestros campos y en ellos encuentran cuanto les resulta indispensable para buenos y malos sueños, livianas esperanzas, caridosos amores, sufrimientos, sensaciones que dejan una huella, emociones que nutren días y noches de pensar a solas. Una de los cuentos, "El puma", que da título al volumen —muy bien ilustrado, por lo demás por Palazuelos, uno de los buenos ilustradores de Zig-Zag— está hecho con la mesura, la propiedad y el interés a que siempre tendieron nuestros mejores cuentistas. Lucía Gevert, con esta obra que, seguramente, no pretende sino entretener —lo cual consigue de manera cabal, pues está destinada a gustar a chicos y a grandes— avanza por nuestra literatura femenina con ademán tan alegre y confiado que, mercedosamente, no podemos sino desearle que la acompañe en un lugar grato, visible, protegido de malos vientos.

Lucía Gevert, "el puma" [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lucía Gevert, "el puma" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile